

CUERPOS, ESPACIOS, COSAS: MEMORIA TANGIBLE EN *CIENCIAS MORALES* DE MARTÍN KOHAN

Lucía García Santana
University of Connecticut, Storrs

Las leyes de Punto final y Obediencia debida (1986-7) del gobierno de Raúl Alfonsín, y particularmente los indultos a los militares represores firmados por el gobierno de Carlos Saúl Menem entre 1989 y 1990, significaron para buena parte de la sociedad argentina medidas insuficientes para clausurar los debates planteados tras la última dictadura (1976-83). Las decisiones adoptadas posteriormente por los gobiernos de los Kirchner con respecto a los crímenes de lesa humanidad —reestructuración del Banco de ADN para la identificación de hijos y nietos de desaparecidos, el apoyo a los proyectos sociales de las Abuelas de Plaza de Mayo— se constituyeron en puntos fuertes de su cuaderno de ruta, no sin oposición. La cuestión de la memoria histórica se convertía entonces en un debate sobre cómo plantear y concretar políticas de restitución lejos de intereses partidistas y apropiaciones ideológicas.

Es en este contexto político donde destaca la extensa producción literaria que reivindica, treinta años después de finalizado el régimen represivo, la atmósfera de esa época. Bien como una forma de sostener políticas oficiales o como manera de reclamar la despolitización de la memoria de los desaparecidos, estas narrativas recuperan escenas, imaginario, lugares, o sugieren la pertinencia de la última dictadura como tema vigente. De manera interesante, estos relatos tienen como denominador común la reconstrucción más o menos explícita de microhistorias del horror: entre otros ejemplos, en la crónica de la trinchera de la Guerra de Las Malvinas, en *Los pichiciegos* (1983), de Rodolfo Fogwill; en la memoria íntima de un niño de la época en *Los Living* (2011), de Martín Caparrós; e, incluso, desde la experiencia del exilio de la generación precedente en *Una vez Argentina* (2003), de Andrés Neuman. En el autor que nos ocupa, Martín Kohan, este tema vertebró buena parte de sus narraciones, entre otras

Dos veces junio (2002), *Museo de la revolución* (2006) y la novela que nos ocupa, *Ciencias morales* (2007).

Esta abundante producción se inserta en el debate sobre la dificultad de concretar políticas oficiales de la memoria. La complejidad del tema muestra, no solo las divergencias ideológicas que se fundamentan en diferentes posicionamientos con respecto al pasado político nacional. Además, las propuestas epistemológicas que se reformulan a partir y acerca de la nueva sensibilidad posmoderna adquieren una interesante contingencia cuando se contextualizan en el marco de la realidad latinoamericana, donde redimensionan la articulación de políticas sociales. En los países latinoamericanos, algunos planteamientos sobre la subjetividad posmoderna también advierten del excesivo relativismo del que se parte a la hora de abordar conceptos como justicia social y ética.

A este respecto, Néstor García Canclini describe la nueva sensibilidad posmoderna latinoamericana a partir de la redefinición del ciudadano en consumidor, de su relación con los productos que consume y la tecnología que disfruta, y de su interacción en nuevos espacios y con nuevos códigos: “la crisis conjunta de la modernidad y de las tradiciones, de su combinación histórica, conduce a una problemática (no una etapa) posmoderna, en el sentido de que lo moderno estalla y se mezcla con lo que no lo es, es afirmado y discutido al mismo tiempo” (*Culturas híbridas* 331). De igual forma, Beatriz Sarlo analiza las implicaciones que tiene este componente de nuevo espacio de consumo y relación interpersonal creado por el neoliberalismo, donde “se nos informa [de] que la ciudadanía se constituye en el mercado y, en consecuencia, los shoppings pueden ser vistos como los monumentos de un nuevo civismo” (*Escenas de la vida posmoderna* 16). La globalización de mercados y el mundo compartido a escala planetaria a través de los medios de comunicación promueven una definición a través de la identificación con lo material que contrasta con la realidad de países empobrecidos y de democracias inestables. El consumidor desplaza al ciudadano, y le despoja de la intensidad de reclamación política de que gozaba en la plaza pública. No obstante lo anterior, para Canclini, la posmodernidad latinoamericana se sostiene sobre heterogeneidades multitemporales, esto es, modernidades de diferentes velocidades que, a su vez, informan y son vehículo de expresión de una realidad híbrida. Lejos de las grandes narrativas de la modernidad, que excluyen al subalterno, Canclini destaca, no sin reservas, la polifonía posmoderna como un descriptor posible de las desigualdades, como un nuevo espacio de inclusión. Aún así, lo que tanto Sarlo como Canclini no dejan de observar es justamente la estetización de esa posmodernidad que corre el riesgo de sumirse en un relativismo que desautoriza la reivindicación política.

A este respecto, Nelly Richard reflexiona sobre las diferentes aristas de la relación entre políticas de la memoria y posmodernidad a partir de la vivencia de la dictadura de Augusto Pinochet en Chile (1973-1990). Para Richard, “una globalización de fin de siglo que se mueve al ritmo fugaz de la mercancía ... disipa el valor de historicidad dolorosamente cifrado en la experiencia de la

dictadura haciendo que lo que creíamos imborrable se vuelva aún más borroso” (*Residuos y metáforas* 15). La calidad de simulacro del discurso posmoderno, lo que Sarlo describe como el vacío de información de la imagen posmoderna contenida en la televisión y los medios de masas (*Escenas* 45) es una amenaza para la gestión del recuerdo común. En los países que han estado sujetos a la violencia de gobiernos totalitarios, como los del Cono Sur, el cuestionamiento de las grandes narrativas de la década de los ochenta coincide en los noventa con la reflexión sobre lo que Richard denomina “un golpe a la representación”. Intersecta la idea de posmodernidad y dictadura cuando describe esta última como “un ‘acontecimiento’ (irrupción, disrupción) que trastocó no solo el desarrollo lineal de la continuidad histórica sino la racionalidad misma de la historia: sus encadenamientos lógicos y sus pactos de comprensión” (“Las reconfiguraciones” 287). No solamente la nueva sensibilidad posmoderna supone un cuestionamiento de las grandes narrativas y una “hermenéutica de la sospecha” de la historiografía tradicional, que ya no es útil para definir el pasado y está condicionada a ser vehículo de versiones oficiales cuestionables. Además, como explica Richard, el caos y la violencia del terror provocan la *dislocación de signos*, de tal manera que

el consenso oficial de la Transición desechó aquella memoria privada de los desacuerdos (aquella memoria anterior a la formalización del acuerdo) que hubiera dado cuenta de la vitalidad polémica —controversial— de sus mecanismos de constitución interna. Pero también, y sobre todo, eliminó de su repertorio de significados *convenidos* la memoria histórica del antes del consenso político-social, es decir, la memoria de un pasado juzgado *inconveniente* por las guerras de interpretación que sigue desatando.... (29, énfasis de la autora).

La postmodernidad supone el doble cuestionamiento de esta representación, lo que refuerza el debate sobre el lugar del Estado como defensor de la memoria colectiva o la importancia de una reactivación de una memoria privada como alternativa. A este respecto, el análisis de la posmodernidad de Canclini que incorpora lo público como la resignificación del patrimonio cultural se inserta en el debate sobre políticas de la memoria oficiales. No obstante, lo interesante de la propuesta de Richard —quien señala la manipulación de la memoria, las “guerras de interpretación”, y la necesidad de controlar los signos—, se basa en su señalamiento de que en estos países que viven las consecuencias de la violencia de Estado se aprecia un resquicio desnormalizado, “desbordes de cuerpos y de experiencias (los modos discordantes en que las subjetividades sociales rompen las filas de la identidad normada por el libreto político o el spot publicitario con zigzagueantes fugas de imaginarios) (*R y M* 27). Así, el cuerpo se convierte en presencia de una memoria emancipada, y con él, el espacio que ocupa, el cual en ocasiones adquiere con respecto a aquel una interesante duplicidad. En esta línea, Ewa Domanska a su vez reivindica un modelo posthumanista que reclama la agencia de las *cosas* liberadas de la dictadura del ser humano. En

sintonía con el “nuevo materialismo” que destaca las falencias de los discursos deconstructivistas, propone la importancia que adquieren como contenedoras de la memoria, con una agencia y unos derechos que empujan a repensar determinadas políticas oficiales (“The Return to Things”).

Estas consideraciones teóricas conectan, en relación con el pasado nacional argentino, con las constantes fundamentales de la obra de Martín Kohan (Buenos Aires, 1967). La narrativa de Kohan busca reflejar la micro-historia de los personajes subalternos como una presentación en apariencia desafecta de un pasado de violencia y caos. Recurrentemente sugiere la falibilidad de la historiografía sostenida sobre el análisis de datos y la exactitud de las cifras que se muestran.¹ Precisamente, la crítica ha destacado de *Ciencias morales* su validez y efectividad en la narración del horror. Lo que se busca aquí, en su lugar, es analizar las posibilidades que inspira la novela en el tratamiento de la memoria a través de la capacidad subversiva del cuerpo más allá de la manifiesta construcción alegórica para narrar el terror de la que habla Richard. Richard reclama la alegoría “para quebrar la sedimentada indiferencia que construye la borradora mediática.... (R y M 15). En *Ciencias morales*, el cuerpo y sus pulsiones, además de su traslación al espacio en una dinámica de identificación, amplían las propuestas de memoria colectiva a partir del reconocimiento de la memoria privada más allá de la evidente alegorización. Se sugiere, por tanto, priorizar las fisuras, los resquicios o *desbordes* del cuerpo y lo material que revelan la necesidad de una vuelta a la evidencia tangible. Los hábitos del cuerpo —hábito como la iteración performativa que crea al sujeto (*Bodies that Matter* 105)— su uso del espacio y su relación con las cosas —el espacio y las cosas como definidor del ser (*New Materialisms* 29)—, proponen otro nivel de historicidad que funcione como vehículo de reconstrucción y conservación de la memoria común.

Ciencias morales presenta las actividades de instrucción dentro de los límites de un colegio mixto, el Colegio Nacional, centro de educación de la élite en el Buenos Aires del año 1982. La selección de este espacio muestra un paralelismo de funcionamiento con el macrocosmos de la nación argentina de la época del denominado Proceso de Reorganización nacional, sometidos ambos al control férreo del poder hegemónico vertical. A pesar de la intensa actividad política y cultural surgida al amparo del Instituto di Tella en los años 60, que inaugura una verdadera edad de oro artística y política, Argentina sufre en esas décadas diferentes gobiernos totalitarios: el de Juan Carlos Onganía entre 1966-70, y el posterior golpe militar denominado Proceso de Reorganización Nacional entre 1976-82, liderado por una junta de militares a cuya cabeza se encontraba el general Jorge Rafael Videla, y que sumió al país en el estupor de la desaparición de treinta mil personas a manos del Estado.

En un primer nivel de lectura, se sugiere la duplicación de los mecanismos de control social de la época escenificados en el espacio del colegio y en los cuerpos de los estudiantes. Los alumnos deben obedecer unas reglas que controlan

cada aspecto de su indumentaria y su comportamiento, y reproducir rituales asociados con la cosmovisión militar, de modo que se convierten en reflejo de la milicia y de la sociedad sujeta a esos mecanismos que implementa el terror del Estado. En el espacio del colegio se favorece la perpetuación de los valores nacionales basados en la tradición, la religión y la patria, en diálogo con Canclini y su descripción de la escuela como “el escenario clave para la teatralización del patrimonio” (*Culturas* 154). A pesar de que el tiempo histórico elegido para ambientar la novela está en camino hacia la democracia, y de que las técnicas de uniformización escolar estaban en funcionamiento desde antes de la dictadura, se subraya sin embargo el paralelismo entre la jerarquización y supervisión a la que los alumnos están sometidos con las técnicas de control aplicadas por los militares al resto de la sociedad durante el Proceso. De manera interesante, este ejercicio de control involucra a los que lo ejercen tanto como a los que busca sujetar, en algún grado desautorizando con esta agencia involuntaria, como se verá, la omnipotencia del control y activando la posibilidad de una subversión de los cuerpos.²

En la analogía que Kohan presenta en su narración con los mecanismos de control social de la época del Proceso, por un lado, se introduce la idea de la vigilancia y la disciplina relacionada con grupos humanos sujetos a un espacio, de alguna forma evocando la idea del panóptico de Foucault.³ La sujeción del cuerpo a un espacio controlado, a un régimen de disciplina, refuerza la jerarquía de poder que imponen los profesores. Además, la permeabilidad de esos espacios equivalentes se hace visible cuando las actividades patrióticas de los alumnos se llevan periódicamente al exterior, en desfiles y juras de bandera que ellos mismos protagonizan en exhibiciones ejemplarizantes:

El desfile de los alumnos por las calles de Buenos Aires se lleva a cabo tradicionalmente los días 20 de junio, la fecha en que se conmemora el fallecimiento (en la soledad y en la pobreza) de Manuel Belgrano, héroe nacional y ex alumno del colegio. Este día, la víspera de cada invierno, es cuando salen los alumnos a las calles a ostentar sus pasos rectos y la total ductilidad para adoptar la vista al frente y la posición de descanso. (94)

Esta ruptura de los límites dentro-fuera relaciona la micro-física del poder dentro de la escuela con lo que Frank Graziano denomina “mecanismos espectaculares del terror”, esto es, la teatralidad con la que se construían las dinámicas del terror de Estado durante la denominada *Guerra sucia* para desactivar la resistencia de una ciudadanía sujeta a ficción (*Divine Violence* 91). El espacio del colegio y su estructuración se alejan de su función formativa dentro de los parámetros modernos de progreso para adquirir una doble característica de prisión y centro de entrenamiento de reclutas. Se sugiere que esta dinámica dentro-fuera se relaciona con la necesidad del régimen represor en sus diferentes niveles de controlar a las nuevas generaciones para sofocar el desarrollo de mentalidades de subversión política. Además, se pone de manifiesto que las técnicas de control

que se utilizan con los alumnos son equivalentes a las que están utilizando los militares con los grupos subversivos y con aquellos ciudadanos sospechosos de serlo. Los que todavía son niños reciben una educación controlada férreamente que garantiza el orden social y les adiestra para defender la patria en tiempos de guerra: “No se temen inconductas ni algún acto de indisciplina: los alumnos del colegio, insuflados de espíritu patriótico, no habrán de tener otro comportamiento que el que se debe” (CM 95). El sentimiento patriótico funciona como cohesionador social y molde de las conductas. La sociedad valora el sometimiento educativo a los imperativos de la identidad nacional, y como muestra de esta asimilación, el acto no sólo incluye el desfile por las calles de la ciudad, sino el homenaje a la bandera, característico de conmemoraciones militares. Este despliegue marcial de los alumnos del colegio refleja la militarización de todas las capas de la sociedad y la división maniquea entre nosotros-ellos, que se instala en ese momento de descrédito del régimen de la Junta Militar que coincide con la Guerra de las Malvinas (1982). El mismo Prefecto del colegio, centro cuya historia se caracteriza por haber sido lugar de instrucción de los grandes líderes de la patria como Bartolomé Mitre, lo explica en una alocución a los estudiantes:

El señor Prefecto dice haber demostrado de esta manera, aunque con palabras sucintas, que la historia de la Patria y la historia del colegio son una y la misma cosa. Desprende de esta comprobación la conclusión incontestable de que cada alumno del colegio, por el solo hecho de serlo, asume un compromiso patriótico sin parangón, superior, incluso, al que puede alcanzar cualquier otro argentino (habla, dice, de los argentinos bien nacidos). Cuando la Patria lo requiere, no hay respuesta más pronta ni más segura que la que puede brindar un alumno del colegio. (CM 39)

El colegio y la patria son uno, del mismo modo que el régimen del colegio y el del gobierno totalitario se reflejan. La justificación de este deber cívico vincula a defender el régimen que está dando sus últimos estertores.

No obstante esta sugerida regularización y disciplina del cuerpo, *Ciencias morales* muestra ciertas tensiones que proponen otras posibilidades en relación con el tratamiento de una historia y una memoria únicas. La protagonista de la narración, María Teresa, es una mujer joven que trabaja en el Colegio Nacional como preceptora. Su función consiste en ayudar a los maestros en actividades menores de asistencia y sustitución y, esencialmente, vigilar a los alumnos. Esta actividad se concreta en el control del cuerpo de los estudiantes y del espacio natural que estos ocupan: no apoyarse en las paredes, no estar en determinado lugar en las horas de recreo, no fumar, regular o prohibir el contacto físico entre ellos o su imagen personal. La acción de supervisión debe desarrollarse con la mayor exactitud, con el fin de crear una atmósfera donde la disciplina y el cumplimiento de las reglas opaquen la individualidad de los sujetos. Lo interesante de María Teresa no es solo su función obvia de perpetuadora del poder hegemónico en una actuación de obediencia debida. Además, este personaje

ocupa un lugar intermedio entre estos alumnos, a los que vigila, y el del jefe de preceptores, Biasutto, que la supervisa. Un lugar liminal, un mal necesario, que al mismo tiempo cuestiona un sistema coercitivo en apariencia monolítico. La situación de indefinición en la que la coloca su profesión y su género será el medio a través del cual se cuestione y se muestren las inconsistencias del sistema represor y la materialidad de la memoria en cuerpos y objetos. Si bien en un principio su relación con la autoridad la somete, al mismo tiempo el intercambio con sus subordinados hará que descubra una agencia y autonomía no reconocidas.

Como se apuntó más arriba, tanto dentro como fuera del colegio el medio para lograr el orden social es el control del cuerpo, entendido como ente individual y colectivo. El mismo Biasutto, el jefe de preceptores, explica que “la subversión es un cuerpo, pero también es un espíritu. Porque el espíritu sobrevive y alguna vez puede reencarnar en un nuevo cuerpo” (CM 49). Para disciplinar a los alumnos, se doblaga el cuerpo a través del miedo, la disciplina física, la sujeción a un espacio y la vigilancia de su intimidad. Estas labores de control también tienen fisuras: “si hay algo que el colegio asegura, por encima de todo, es esta normalidad. Pero a veces las cosas se salen de su curso hasta tal punto ... que empiezan a desparramarse y consiguen invadir hasta los ámbitos mejor preservados” (CM 29). De alguna manera, la lógica de funcionamiento del sistema reconoce esos “desbordes”. Sin embargo, en general parecen asegurar el éxito en la contención del individuo a través de diferentes mecanismos.

En primer lugar, en el Colegio Nacional hay que construir miedo. Para ello, como se vio anteriormente, se parte de establecer un enemigo que amenace el orden nacional, lo que equivale, en otro nivel, al miedo al dolor físico. Este enemigo, como explica Graziano, puede ser externo —las fuerzas extranjeras— o interno —la subversión (*Divine Violence* 26) El miedo a los grupos subversivos difícilmente identificables a partir de lo visible, sumía a la sociedad en un silencio atenazado que frenaba cualquier oposición. Frente al número de desaparecidos a plena luz del día se contraponía el miedo al otro y la racionalización de ese miedo en la idea de criminalización y culpabilidad, en la justificación de la represión en un deber patrio. En el Colegio Nacional se utilizan estos mecanismos del miedo para controlar a los alumnos, mecanismos que de forma inevitable provocan un efecto semejante en la preceptora. Por un lado, se busca sofocar en el alumno la curiosidad —esto es, la autonomía intelectual—, y, por otro, obtener información —o el control del discurso. El director del colegio muestra su habilidad en el manejo de estas herramientas cuando intenta coordinar a los profesores para que dirijan a los alumnos por la puerta de atrás del edificio con el fin de evitar pasar por Plaza de Mayo, donde acaba de ocurrir un atentado terrorista:

Tengan presente, señores preceptores, que el adolescente es un ser humano curioso por naturaleza y rebelde por naturaleza. Advertan a los alumnos que no pueden acercarse a la Plaza de Mayo de ninguna manera, pero tengan cuidado y no vayan

a dejarlos intrigados por eso. Lo que tienen que transmitirles no es curiosidad, sino miedo. (32)

De manera interesante, una vez más se observa la posición liminal de María Teresa al verse afectada por ese miedo y asumirlo como si estuviera dirigido a ella, lo que además prepara el terreno para la indefensión que muestra ante el acercamiento sexual de su superior, Biasutto. Es decir, el miedo *espectacular* se disemina por los cuerpos y desactiva la reacción ante violencias reales. Por otro lado, y en paralelo con los mecanismos de control del Estado, el miedo al otro se incentiva para favorecer las delaciones y evitar un cuerpo subversivo cohesionado. Es por esto que se adiestra a los preceptores en técnicas de interrogatorio características de los militares. Por ejemplo, cuando la alumna Servelli rompe a reír en una visita del Prefecto, se produce todo un análisis del silencio que hace que María Luisa se cuestione su lugar en el engranaje del interrogatorio. Ella debe callar, aunque sabe quién es el alumno que ha incurrido en esa falta de descontrol del cuerpo. Sabe que “lo que el señor Prefecto está buscando no es solamente determinar quién fue el que se rió, sino algo más, algo más profundo ...: que el que fue lo confiese, o que un compañero del que fue lo denuncie” (CM 40). El cuerpo que siente miedo es más fácil de controlar: se paraliza la reproducción de conductas y se favorece la alienación del individuo de su propia capacidad de respuesta.

No es suficiente con reducir el cuerpo a través del miedo, porque “el cuerpo registra cosas por sí solo y luego, por medios imprecisos, lo alcanza a revelar” (CM 138). Además, María Teresa debe controlar mecanismos equivalentes a los utilizados por los militares durante el Proceso: la uniformización y la reclusión. En concreto, los dos focos de atención sobre el cuerpo de los alumnos son el pelo y las medias: el uno como símbolo de rebeldía —según Carina Perelli, tradicionalmente asociado a la oposición al régimen totalitario⁴—, el otro como instrumento de ocultación-exposición del cuerpo. En particular, el pelo largo en el varón mostraba el contraste con el corte extremo de los soldados —símbolos de desorden y orden, respectivamente— y además lo aproximaba a la imagen tradicionalmente femenina, sumando una carga añadida de transgresión en el difuminado de los papeles de género. No obstante, también se muestran fisuras en este control del cuerpo, puesto que la reglamentación minuciosa plantea dudas objetivas al vigilante: los alumnos se manejan en los límites ambiguos de las normas y la preceptora incurre en un continuo ejercicio de interpretación y de traspaso del límite entre el vigilante y el vigilado:

El control del pelo es también mucho más simple en el caso de las chicas ... El pelo de los varones, en cambio, puede requerir una pericia de mayor precisión. El reglamento dice que tiene que haber no menos de cuatro centímetro de separación entre el pelo y el cuello de la camisa... En muchos casos no existe ninguna duda, porque lo que se ofrece a la vista es una nuca categóricamente rapada... Tampoco las hay cuando los mechones de cabello se estiran y cuelgan hasta rozar el cuello

de la camisa ... Entre una alternativa y la otra, sin embargo, hay un abanico bastante amplio de casos dudosos ... y que por lo tanto requieren la medición concreta del espacio que va del cuello a la camisa del alumno sospechado. (CM 69)

La precisión y la reglamentación se ven continuamente cuestionadas por el cuerpo de los alumnos. El estudiante baja la guardia en la observancia de la norma, al tiempo que el vigilante debe redoblar sus esfuerzos. Esto provoca la continua delimitación del espacio del vigilante, quien se ve impelido a un lugar de arbitrariedad de la interpretación. Esto subraya la agencia de María Teresa por controlar, pero también para ir más allá de lo que se consideran los límites normales de su actividad. El desborde de los cuerpos lleva al propio desborde de la vigilancia, y, por ende, y casi paradójicamente, al descubrimiento del propio deseo reprimido. Aún más, estas técnicas aparentemente precisas suponen que la preceptora entre en contacto con el cuerpo de sus alumnos para verificar que se cumpla el reglamento. El contacto no sólo produce efectos sobre el cuerpo sujeto de supervisión, sino también sobre el de aquel que supervisa. De este modo, el cuerpo del subordinado adquiere una interesante agencia involuntaria y el espacio que ocupa se convierte en espacio de transgresión.

Precisamente, la supervisión del contacto físico entre alumnos alude a la ansiedad de los poderes del Estado —y sus equivalentes del colegio— por controlar el deseo, aspecto problemático por su relación con la pulsión fuera del control consciente del individuo y de la acción externa. María Luisa debe vigilar que al ponerse en fila antes de entrar al aula los alumnos no establezcan contacto físico entre ellos más allá de lo que estipula el reglamento. El interés que presta la preceptora a la legalidad de este contacto subraya también la latencia de su propio deseo reprimido: “(A María Teresa) por la cabeza le pasan imágenes ... Se mezclan en esas imágenes la pierna de Baragli y la nuca de Valenzuela, una cosa con la otra se mezclan y se confunden” (CM 72). El acto de represión del deseo ajeno provoca una acción opuesta de atención sobre el propio cuerpo.

Es en esta traslación del cuerpo del estudiante al cuerpo del vigilante, a través de la mirada de ida y vuelta, que el espacio se convierte en doble identificación de cuerpo reprimido y cuerpo del deseo, en una equivalencia directa entre el cuerpo y el lugar que ocupa. El cuerpo que se busca sujetar a control ocupa un espacio natural que lo define y es necesario constreñirlo a un espacio que lo aliene y donde pueda ser controlado. Dentro del microespacio del colegio controlado por el poder vertical de la dirección y los preceptores, el estudiante está sometido al pupitre, al aula, incluso en horas no lectivas donde la retención en ese espacio supone un castigo donde se condena al alumno a no hacer nada. Es decir, el aula se convierte en prisión del cuerpo. No obstante lo anterior, siguen existiendo resquicios, pequeños lugares de poder para los alumnos, como son las esquinas, las paredes, incluso las calles inmediatas a la misma escuela. Esos lugares son particularmente peligrosos para el orden reglamentado del colegio, porque sus límites son más difusos y, por lo tanto, la vigilancia se hace más

ardua. Además, involucran el control de la intimidad. Ejemplo de esto es la decisión de María Teresa de ampliar su labor de vigilancia al baño de varones.

El baño no es sólo un lugar de difícil acceso para la mirada de la preceptora por ser un lugar privado, sino por su compartimentación. Está dividido en cubículos, cada uno separado del resto del espacio por puertas. María Teresa, en su afán por descubrir al infractor que, según sospecha, ha estado fumando en los baños, accede a este espacio íntimo. Su mirada vigilante desde el exterior no es suficiente, así que, una vez que visita el lugar y se familiariza con él, decide traspasar los límites. De este modo, la supervisión de María Teresa se convierte en voyerismo e impele a la transgresión del vigilante. En esta incursión, se desvirtúan las reglas del orden con las que ella justifica su labor de celadora, se dislocan los signos. Sabe que está transgrediendo un espacio que le está prohibido, y por ello se esconde en el cubículo, no sólo de las miradas de los alumnos a los que vigila, sino de la de los profesores. Incluso Biasutto reprueba que una mujer entre en un lugar de hombres, es decir, ocupe un lugar que no le corresponde, altere las reglas de la organización social; aún más, que se esconda en un espacio relacionado con la inmundicia y donde María Teresa incurre en doble infracción moral: no solo espía a sus alumnos en sus actos más íntimos, sino que siente placer en ello. El baño contiene un significado que muestra, a su vez, la doble consideración moral del cuerpo y sus pulsiones como origen y lugar del placer o de la transgresión.

A través de la vigilancia dentro del baño de varones, María Luisa comienza el descubrimiento de su deseo desde la perplejidad de un distanciamiento del propio cuerpo. Ya en su actividad de vigilancia de las distancias y la imagen de sus alumnos había comenzado a experimentar cierta agitación, que tiene que ver con la identificación del propio cuerpo en el ajeno:

Ve las medias de Baragli y son inobjetables. Azules y de nylon. Pero él, para mostrarlas, pega un tirón excesivo a la botamanga, la levanta por demás, y así revela, a los ojos aproximados de María Teresa, no ya sus zapatos lustrados y sus medias obedientes, sino una parte de su pierna, una franja de pantorrilla pálida y veteada de vellos oscuros, le muestra eso, se lo hace ver, y ella se acercó tanto que ahora no puede esquivar el detalle crudo de esa piel expuesta. (CM 67)

Es a través de la visión de otro cuerpo y de la mirada de los otros hacia ella —sin ir más lejos, su alumno Baragli parece observarla en clase y el jefe de preceptores Biasutto comienza sus acercamientos— que María Teresa comienza a descubrir sus propias pulsiones. La educación que ha recibido y el entramado social represor de la etapa del Proceso la sujetan a un papel femenino de subordinación y exaltación mística a través de la cual interpreta la realidad. Ella debe controlar su cuerpo, no solo cuando está vigilando, sino en su cotidianeidad. No se le está permitido decidir, sentir ni tomar la iniciativa, lo que la hace un individuo idóneo para controlar el cuerpo ajeno, pero no para defenderse de las pulsiones de otro cuerpo: “Con una fuerte voluntad es posible dominar

incluso, o sobre todo, las cosas que el cuerpo requiere” (CM 135). Ni aun en ese descubrimiento del cuerpo en la vigilancia del baño María Teresa es capaz de interpretar lo que está experimentando. Sin embargo, tampoco intenta frenar la vivencia, y acaba convirtiendo ese espacio de poder del alumno en su propio lugar de poder, incluso en uno donde el vigilante y el vigilado se identifican. Así, de igual modo que la preceptora controla al estudiante, su supervisor lo hará mismo con ella, por lo que se plantea cómo la represión sobre otro cuerpo se origina en la represión del propio. Lo mismo se aprecia cuando Biasutto la viola en el cubículo donde ella ejerce su labor de vigilancia:

Sus ojos [los de Biasutto], hasta ahora perdidos, recuperan con lentitud su conexión con las cosas reales. Se encuentra así de improviso con los ojos de María Teresa, que se da vuelta y mira de frente otra vez. El señor Biasutto frunce la cara, en una mueca hasta ahora nunca intentada, y se ríe cobijado bajo una sombra de idiotez. Esa idiotez, fingida o veraz, es el salvoconducto que tiende en su ambición de impunidad. O acaso es menos que eso: tan sólo una verdad recóndita, que emerge por un segundo. Para el caso da igual: el señor Biasutto se anula. (CM 201)

Este espacio de vigilancia lleva a María Teresa a un peligroso umbral: el que intenta controlar el cuerpo del vigilado al mismo tiempo se transforma en el contacto con él. En definitiva, su transformación se aprecia como transgresora para el sistema que sostiene con su ejercicio, puesto que en esa labor de observación, la mirada la acerca al sujeto observado y desplaza su lugar de autoridad. Esta reubicación de papeles es refractaria y la expone a la reprobación y la violencia de su superior.

Es interesante observar que, más allá del espacio y del cuerpo en el espacio, los objetos en *Ciencias morales* parecen funcionar con una agencia propia, autónomas del ser humano. De acuerdo con los planteamientos de Ewa Domanska, existe la necesidad de fundamentar la Historia sobre elementos tangibles que sorteen la ruptura metodológica de la posmodernidad. Las *cosas* —que no los objetos— tienen una agencia que les confiere derechos y obligaciones (“The Return to Things”). Por ejemplo, Domanska cuestiona el estatus de los cuerpos de los desaparecidos por la *Guerra sucia* —¿cosas o seres humanos?— y su utilización como “evidencia de crimen”, de ahí su posible manipulación por las partes interesadas, como “objeto de luto” y/o como “restos ausentes que refieren a un pasado absoluto” (“Toward the Archaeontology...”). Este planteamiento se extiende a la concepción de la materialidad de la memoria que se trasluce más allá de la metáfora textual en *Ciencias morales*. El lugar de vigilancia que ocupa María Teresa la hace de alguna manera espectadora del espacio en el que participa. Su incursión en los diferentes ámbitos del colegio —las aulas, el baño de varones— pareciera la visita a un museo informal, donde los implementos y objetos conservan la memoria de los que los han utilizado, siguiendo la idea de Canclini de que los museos contienen, en su disposición seriada, su propia sintaxis, que en el caso de este “museo informal” resulta independiente de

alegorizaciones (*Culturas* 149-90). En concreto, esta *facticidad* se muestra en los pupitres, que contienen los restos de un orificio “del tiempo en que los alumnos en el colegio utilizaban tinteros” (CM 125); en las paredes, completamente limpias por la prohibición de pintar en ellas como es costumbre en otros lugares; en los urinarios, que exhiben “en su parte media, la marca indudable de una coloración distinta” (CM 90), incluso en el jabón que usan los alumnos y que “frotados y humedecidos, se van adelgazando con el uso, hasta desvanecerse por completo y revelar el secreto de su esqueleto de metal. Hasta tanto eso ocurre, recogen en su redondez rastros de dedos, los dedos sucios de los varones en el baño, perdiendo, es verdad, su tamaño, pero nunca su forma como tampoco su color” (CM 87). No se insinúa solo una metáfora, sino la posibilidad de la agencia de esas *cosas*.

Específicamente, la puerta del cubículo funciona como contenedor de la tortura sobre los cuerpos y de la memoria de los miembros de la sociedad extirpados a través de las desapariciones no reconocidas por el Estado.⁵ La violencia que Biasutto ejerce sobre la puerta del cubículo donde se esconde la preceptora con intención de abrirla es una imagen poderosa que se duplica en la posterior violencia sobre el cuerpo de la mujer: “Cae un golpe brutal sobre la puerta de madera. La puerta se sacude sobre sí misma, como podría hacerlo una persona a la que también golpearan. No se vence ni se rompe, pero confiesa su esencial fragilidad” (CM 176). En este caso, la imagen de la puerta del baño contiene la violencia que sufre el cuerpo de María Teresa y otros antes que ella. De hecho, en uno de los momentos de vigilancia, María Teresa aprecia que alguien ha grabado la madera con palabras que solo los dedos pueden descifrar por su relieve, puesto que ya se han ocultado a la vista por una capa de pintura. La frase que se ha intentado esconder es el grito revolucionario *Patria o muerte*, que define a los grupos subversivos de corte marxista en Argentina inspirados en la Revolución cubana.

Alguien escribió en esa puerta alguna vez, y no lo hizo con tinta o con grafito, no lo hizo con algún medio que después tolerara el borrado, sino con un método más drástico, con la ambición de lo indeleble, algo cercano al grabado o la talladura: sacarle tiras de madera a la puerta, arrancárselas, extirparlas, para crear así palabras y escritura. De nada sirvió: el remedio administrado por las autoridades del colegio consistió en pintar otra vez las puertas, emparejando así de nuevo la superficie de la madera herida, y suprimiendo para siempre la existencia de la leyenda que alguien alguna vez inscribió. Lo que se dice una solución expeditiva: una mano o dos de la misma pintura verde y lo escrito desaparece para siempre. (CM 85)

El mensaje de esos cuerpos desaparecidos intenta ser silenciado por los mecanismos de ocultación del Estado —la pintura—, pero, aunque pueda ser un tratamiento efectivo desde el punto de vista de las apariencias, no lo es desde la consideración de justicia social. No obstante ese mecanismo de ocultación, siguen

conservando una memoria apreciable desde un acercamiento más privado, y sugiere la preservación tangible de la experiencia más allá de políticas oficiales.

La estrategia narrativa de Kohan desarrollada en *Ciencias morales*, pero también en otras obras como *Dos veces junio*, manifiesta una transparencia que hace sospechar de una carga textual metonímica evidente. Es por ello que, más allá de la metáfora del cuerpo trasladada al espacio que ocupa, es decir, más allá del trabajo simbólico textual, se reflexione aquí sobre la posibilidad de una memoria diferente de la oficial sostenida sobre lo tangible. La importancia del análisis del cuerpo y el lugar que éste ocupa es doble: objeto del control del poder del Estado a través de los mecanismos de tortura e interrogatorio y la represión de las pulsiones y, a su vez, contenedor de la memoria extraoficial en la liberación de esas pulsiones. Su carácter subversivo para el sistema hegemónico, la consideración de que un cuerpo sin restricción moral es un cuerpo que altera el orden social, que indaga y traspasa los límites de la norma impuesta, lo hace susceptible de control. El cuerpo, además, se refleja en los espacios y sus elementos: espacios de intimidad y poder del subalterno, elementos materiales que contienen la memoria de los hechos en la realidad inmediata. La historiografía oficial de la Argentina construye y fosiliza una imagen dirigida sostenida sobre datos aparentemente objetivos, imagen que en muchos casos difiere de las experiencias individuales de miles de argentinos afectados por el régimen de terror del período del Proceso. Por ello, no solo el texto presenta la microhistoria de los individuos, el *desborde* de los cuerpos en sus impulsos y represiones; la identificación del cuerpo con los espacios y la liberación de un deseo reprimido que hace que, dentro de este punto liminal que ocupan vigilante y vigilado, el vigilante se transforme en su acto de voyerismo y se convierta en exponente del peligro dentro del sistema, al contaminar el ejercicio de control que busca legitimar el régimen de terror. Además, esta microhistoria se ve sostenida por la recuperación de lo tangible como evidencia histórica.

No obstante, esta vuelta a lo material después del ejercicio de crítica planteado entre otros por Foucault—al que matiza sin refutar—, sugiere la necesidad de un punto de enunciación donde a la cosa se le suponga una agencia, esto es, unos derechos y deberes en sí misma. Quizás, como plantea Domanska y como se aprecia en *Ciencias morales* en la marca indeleble contenida en la puerta del cubículo, cuerpos y cosas actúan en esferas paralelas, como cuerpos y cosas con memoria, o incluso, el ser se constituye a partir del espacio que le rodea y de los objetos con los que interactúa. Es de plantearse, entonces, los límites de las políticas oficiales de memoria histórica y si existe el peligro de olvidar sin la acción del Estado. Como plantea Richard, lo sugerente de los cuerpos—y las cosas— es su desborde, su actuación autónoma en el espacio y, en cierto modo, libres de políticas oficiales insuficientes.

NOTAS

1 En otra novela de Kohan, *Dos veces junio*, los datos estadísticos y matemáticos con los que el conscripto interpreta la realidad referencial le hacen incapaz de cualquier cuestionamiento del sistema opresor, y refuerzan la imagen construida de orden y organización del régimen de terror.

2 Frank Graziano ha estudiado los elementos de control social utilizados durante el período denominado *Guerra Sucia* en Argentina. Sus conclusiones explican entre otras cosas que, si bien el interrogatorio era una herramienta que en apariencia buscaba obtener información, lo que provocaba era una cadena de delaciones, en su mayoría falsas, que involucraba a todos las capas de la sociedad y las sujetaba eficazmente al mecanismo de terror de Estado. El miedo al otro fomentado por la polarización de la sociedad y la mitificación de la guerra sirve de catalizador de los miedos ante un sistema opresor. El discurso que asume el Estado durante este período es la equiparación de los valores patrios a los de la Iglesia católica.

3 Son obvios los paralelismos con la obra de Michel Foucault, quien analiza ampliamente este aspecto de la vigilancia y la función de los espacios de reclusión (*Vigilar y castigar, Historia de la sexualidad e Historia de la locura*).

4 Carina Perelli analiza los elementos de control que configuran la realidad de la dictadura en Uruguay (1973-85) y destaca el elemento del cabello como transgresión simbólica. Los alumnos de secundaria de Montevideo discuten el régimen dictatorial a través del cabello y el uniforme, elementos que los sujetaban de manera férrea y que ellos subvertían llevándolos en contra de la reglamentación: corbatas flojas, faldas por encima de la rodilla, medias caídas. En la obra de Kohan, las medias cobran además un contenido simbólico añadido por ser de color azul, el color de la bandera, de forma que los cuerpos de los alumnos se convierten en emblemas de la patria.

5 Gaston Bachelard analiza la metáfora de los espacios, particularmente la de la puerta como delimitadora de la dialéctica entre afuera y adentro. Para el filósofo francés, la consideración de dentro-fuera es irreal y está construida sobre un poder absoluto que provoca la oposición y hostilidad entre las opuestas, de la misma manera que se ha analizado los métodos de control social en el período del Proceso. Además, la puerta como metáfora aparece investida de ciertos valores descriptivos del individuo: “How concrete everything becomes in the world of the spirit when an object, a mere door, can give images of hesitation, temptation, desire, security, welcome and respect” (224).

OBRAS CITADAS

Bachelard, Gaston, and M Jolas. *The Poetics of Space*. Boston: Beacon Press, 1994. Impreso.

Butler, Judith. *Bodies That Matter : On the Discursive Limits of “sex”* New York: Routledge, 1993. Impreso.

Caparrós, Martín. *Los Living*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2011. Impreso.

Coole, Diana H., and Samantha Frost. *New Materialisms : Ontology, Agency, and Politics*. Durham [NC]; London: Duke UP, 2010. Impreso.

Domanska, Ewa. "The Return to Things". *Archaeologia Polona*, vol. 44: 2006, 171-185

---."Toward the Archaeontology of the dead body", *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice*, vol. 9: 2005, 389-413.

Fogwill, Rodolfo Enrique. *Los Pichiciegos*. Cáceres: Periférica, 2010. Print.

Foucault, Michel, and Robert Hurley. *The History of Sexuality*. New York: Vintage Books, 1988. Print.

--- *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. New York: Pantheon Books, 1977. Impreso.

García-Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo, 1995. Impreso

---. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992. Impreso.

Graziano, Frank. *Divine Violence: Spectacle, Psychosexuality & Radical Christianity in the Argentine "dirty War"*. Boulder: Westview Press, 1992. Impreso.

Kohan, Martín. *Ciencias morales*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2007. Impreso.

---. *Dos Veces Junio*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2002. Impreso.

--- *Museo de la revolución*. Buenos Aires: Mondadori, 2006. Impreso.

Neuman, Andrés. *Una vez Argentina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2003. Impreso.

Perelli, Carina. *De mitos y memorias políticas: La represión, el miedo y después...* Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986. Impreso.

Richard, Nelly. "Las reconfiguraciones del pensamiento crítico en la posdictadura". *Heterotopías: Narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Jáuregui, Carlos y Dabove, Juan Carlos. Pittsburgh: Biblioteca de América, 2003. Impreso.

---. *Residuos y metáforas: Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1998. Impreso.

Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna: Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994. Impreso.